



Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión el Africano: vidas divergentes, muertes paralelas

Fernando Quesada Sanz

Universidad Autónoma de Madrid

“Ante la noticia de la muerte de Aníbal, Escipión tuvo un presagio: no le iba a sobrevivir demasiado tiempo. El cartaginés no había sido un amigo, sino el mayor y más noble de sus enemigos, y sus vidas se habían entrecruzado en incontables ocasiones, ligadas siempre por el filo doble del destino, como si la existencia de uno fuese motivo y justificación de la del otro”.

G. Brizzi, *Escipión y Aníbal* (2007)

Aníbal y Escipión, el inmenso derrotado y el gran vencedor... Si acudimos al veredicto de la posteridad, no hay duda sobre quién es el personaje a quien la Historia proclama como más conocido, importante e incluso glorioso. Puede que algún militar decimonónico y algo quisquilloso, o algún historiador heterodoxo y enamorado de su personaje, hayan proclamado a Escipión mayor general que Aníbal e incluso que Napoleón, lo que son palabras mayores (Liddell Hart 1926). Pero al cabo de más de dos milenios, sólo cabe reconocer un veredicto. ¿A quién se han dedicado más exposiciones, a quién más libros?, ¿cuál de los dos nombres sería reconocido en una encuesta a pie de calle en una calle comercial de cualquier ciudad española o europea? (partiendo de la base, esto es, de que sólo un porcentaje reducido reconocería al menos uno de los nombres). Un mero vistazo a la base de datos ISBN, que recoge la totalidad de los libros publicados en España, agotados o a la venta, recoge –tras la per-

tinente purga de títulos no relevantes y repeticiones— unos cuarenta títulos entre biografías y novelas referidas a Aníbal. El total para Escipión el Africano es de nueve, y de ellos tres en compañía de Aníbal en títulos como el recientemente traducido de G. Brizzi (2007), una suerte de historia novelada. Un chequeo en la bibliografía anglosajona revela una disparidad aún mayor de títulos dedicados a uno y otro; por eso precisamente los biógrafos modernos de Escipión, cuando se arriesgan, tienden a la hagiografía aún más que los de Aníbal. Existe una tradición asentada de ‘estudios anibálicos’ (Brizzi 1991) que no tiene unos paralelos ‘estudios escipiónicos’.

No cabe duda de que en esta rivalidad por la Fama, la aureola romántica con la que se ha rodeado siempre a los grandes generales derrotados es, en parte, responsable de que E. Rommel sea más conocido y admirado que B. Montgomery, R.E. Lee más que U.S. Grant, P. von Lettow-Vorbeck más que J.C. Smuts, y Aníbal más que Escipión. Y ello independientemente de la justicia de la causa que cada uno de ellos defendiera. Pero sin duda en el caso de Aníbal hay otros elementos añadidos: el aire oriental, semita y distinto de la Cartago de los —quizá apócrifos— sacrificios infantiles, el —también posiblemente apócrifo— juramento infantil de odio eterno a Roma (Polibio 11, 4-7; Livio 21, 1, 4 y otras muchas fuentes secundarias), la aventura del cruce de los Alpes y el exotismo de los elefantes, incluso el drama de la persecución implacable —por parte de la máquina militar romana— sobre un hombre cansado y exiliado hasta forzarle al suicidio... todos ellos son rasgos de novela que hacen de Aníbal un biografiado muy atractivo. En comparación, desde luego, Escipión *el Africano*, un cónsul romano entre muchos, parece un engranaje más, importante sin duda, pero no imprescindible ni único, en la expansión imparable de la República de Roma. Y quizá sea verdad.

No pretenderemos aquí abordar una biografía comparada de los dos personajes: la riqueza de sus vidas y hechos y la cantidad de documentación disponible, antigua y moderna, lo harían imposible. Pero sí podremos trazar algunas pinceladas sobre los paralelos y diferencias en el destino de nuestros dos personajes, tan distinto pero en algunas cosas tan semejante. Dejemos claro desde el principio que no pensamos que la vida, carácter y actividades de los dos personajes sean comparables, ni siquiera similares, pero no nos cabe duda de que en su formación, en su actividad militar, y en las dificultades que hubieron de sufrir de parte de sus propios conciudadanos, ambos llevaron un curso de vida con orígenes no disímiles, divergente en cuando al éxito final, pero paralelo en la parte final de su trayectoria vital.

1. SOBRE FUENTES Y TRADICIONES

La visión que las fuentes antiguas transmiten sobre nuestros dos personajes está obviamente tintada por los intereses y opiniones de cada una de ellas. Sobre las dos fuentes principales, son indispensables los escritos de Walbank (1957-79) para Polibio, y ahora Levene (2010) para Livio. Insuficientes por su brevedad, pero útiles como punto de partida, ahora contamos con los breves ensayos de Champion (2011) y Mineo (2011), ninguno satisfactorio; para un texto breve sobre fuentes siguen siendo útiles Scullard (1970: 11 ss.) y Lazenby (1978: 258-264).

Basta leer las evaluaciones específicas de Polibio (9, 22-26; 11, 19) y Livio (21, 4 y 28, 12), o Trogo Pompeyo (Justino, *Epítome* 32, 4), además de la *Vida de Aníbal* de Cornelio Nepote para entender el enorme impacto que Aníbal ejerció sobre los romanos. Y aunque nuestras dos fuentes principales y más detalladas tienen mucho malo que decir sobre el cartaginés (avaricia, crueldad), en ningún momento pueden –ni siquiera lo intentan– disimular su grandeza, y desde luego Nepote mira a su personaje con mucho mejores ojos que los demás. Por el contrario, lo que Polibio o Livio tienen que decir sobre Escipión en párrafos específicos (Polibio 10, 2-3; Livio 38, 53, 7-11), o lo que Polibio va diciendo a lo largo de sus *Historias*, es laudatorio de manera unánime, pero no obstante no proyecta una imagen verdaderamente formidable, como es evidente en el caso del Barca.

Para Polibio, el Africano fue un compendio de virtudes, sobre todo en algo tan importante para el de Megalópolis como era la racionalidad (Haywood 1933: 30 ss.), pero insiste en que, al contrario de lo que otros historiadores o admiradores habían dicho antes que él, sus éxitos no se produjeron por casualidad, sino por perseguir sus objetivos de manera lógica y sistemática (ver muy recientemente Adler 2012: 63 ss.). Para Polibio, Escipión fue magnánimo, amigo de hacer el bien, sagaz, sobrio y cuidadoso en sus planes, a la vez que diestro y diligente (Polibio 10, 3, 1; 5, 9)..., y en general los datos documentados tienden a validar su descripción. Scullard (1970: 23) se quejaba de que Polibio da una visión “caricaturesca” de un Escipión cínico, racional pero dispuesto a usar lo irracional siempre en su beneficio, (Scullard 1970: 3, siguiendo a Haywood 1933: 230 ss.). En todo caso, no cabe duda de que la tradición romana y griega posterior admiró sin apenas reservas al Africano. Los dos Africanos aparecen brevemente mencionados en la *Eneida* (VI 842) como “rayos de la gue-

rra”. Plutarco le comparó con Epaminondas, aunque la biografía que le dedicó se ha perdido, y es significativo que esta pareja de biografías fuera probablemente la primera que compuso (Pérez Jiménez, 1985: 82, citando a C.P. Jones). Cicerón (*República*) escogió al gran Africano para presentarse en sueños a su nieto adoptivo Emiliano, futuro Africano *minor*, para que el joven tribuno hablara con el anciano Masinissa sobre su abuelo, en un “sueño” de compleja lectura que luego serviría de pretexto a Macrobio para su *Comentario*.

Pero, y con todo, el recuerdo actual de Publio Cornelio Escipión palidece frente a la memoria colectiva sobre el gran Barca. Mencionado en diversas partes de la *Divina Comedia* de Dante, también aparece en ella Aníbal, cuya tradición en la cultura europea posterior es mucho más visible, mucho más que la de la propia Cartago. Los muy recientes trabajos de H. Jiménez Vialás (2012) y P. Barceló (2013) nos eximirán de insistir en este punto.

2. JUVENTUD Y PÉRDIDAS FAMILIARES

Como buenos aristócratas, tanto Aníbal como Escipión tuvieron tempranas introducciones a la realidad de la guerra, y se vieron impelidos a mandos importantes a edad bastante temprana, que no significa escasa experiencia. Lo que Livio tenía que decir de Aníbal podría en cierta –aunque menor– medida aplicarse también a Escipión: “*Aníbal, nacido, por así decir, en la tienda de mando de su padre, general valerosísimo; criado y educado entre las armas, soldado ya desde niño; general supremo desde muy joven; que había envejecido obteniendo victorias...*” (Livio 30, 28, 4-5).

Aníbal, nacido hacia 247 a.C., en efecto abandonó su patria para acompañar a su padre Amílcar a Iberia con apenas nueve o diez años. Cuando su padre murió en batalla ante Helike en 229/28 a.C., Aníbal tendría unos dieciocho años, y cuando su cuñado fue asesinado y hubo de asumir el mando en Iberia, Aníbal era ya un joven veterano de veinticinco (sobre los familiares de Aníbal e Hispania ver en último lugar Domínguez Monedero 2012; además, deliberadamente polémico en muchos aspectos, Hoyos 2003).

Por su parte, Publio Cornelio Escipión hijo, nacido en 236/35 a.C., mostró su valor personal en la batalla de Tesino (fines de 218 a.C.) cuando –según se cuenta, nos dice Polibio 10, 3, 4–, pese a haber sido colocado por su padre el cónsul fuera del combate, actuó de manera decisiva para salvarle de la muerte

o la captura, rechazando a continuación, a sus dieciocho años, la *corona civica* que se le ofrecía. Una versión alternativa hace que fuera un esclavo el salvador (Livio 21, 46 citando a Celio Antipater). Mientras su padre regresaba a Iberia a reunirse con su hermano (y tío del joven Escipión) y luchar allí con los cartagineses, el joven Escipión combatió en Cannas (216 a.C.) como tribuno militar de la segunda legión (Livio 22, 53, 1), aunque consiguió escapar a la catástrofe. Algo debieron de ver en él los componentes de una partida de supervivientes cuando eligieron como su jefe al joven de veinte años junto con Apio Claudio (Livio 22, 53-54). Por tanto, cuando este joven veterano –que ya había saboreado ampliamente la amargura de la derrota– perdió en el 211 a.C. simultáneamente a su padre y a su tío (en batalla contra los cartagineses en Iberia), y asumió allí por vez primera un mando independiente, era ya como lo había sido Aníbal un general novato –y a la vez veterano– de veinticuatro años (Livio 28, 43, 11). La autoconfianza rayana en audacia que mostró el joven Escipión cuando anunció su candidatura al mando de Hispania sorprendió incluso a sus contemporáneos (Livio 26, 18; 28, 43, 9-14).

3. ARISTÓCRATAS HELENIZADOS

Aníbal y Escipión fueron productos de culturas muy diferentes, con notables diferencias en su religiosidad, en sus constituciones –por usar el término clásico–, y en su organización militar. Pero las grandes diferencias no deben enmascarar las similitudes: ambos nacieron en el seno de familias nobles y poderosas con apetito innato por el poder, en sociedades de base aristocrática muy competitivas dentro de su seno y agresivas de cara al exterior. Y en ambos casos, y aunque forman parte de un entorno cultural personalísimo, Aníbal y Escipión fueron nobles con una acabada educación helénica y helenística. Hablaban griego (Aníbal: Nepote 13.3; Escipión: Livio 29, 19, 11, *cf.* sobre su lectura Francois 2006: 314), tuvieron preceptores griegos, y su educación veía en figuras como Alejandro el Grande un ejemplo obvio y colosal a imitar. No entraremos, por supuesto, en la cuestión del concepto de “helenización” como hecho cultural en este periodo (ver Lombardo 2006 para una discusión metodológica), que no afecta a la cuestión de la educación, cultura y aspiraciones de nuestros dos personajes como personas individuales.

En este sentido, la sociedad cartaginesa llevaba una larga delantera a la romana en cuanto a influencia helenística, en lo militar desde luego, pero tam-

bién en todos los ámbitos de la cultura. Pero precisamente la familia de los Escipiones era considerada en Roma un caso de helenización marcada, y en particular el Africano es considerado hoy un activo promotor del filohelenismo en Roma, en lo militar tanto como en otros aspectos, capaz de enviar ofrendas del botín de Iberia nada menos que a Delfos, según Livio 28, 45, 12 (el trabajo clásico es Haywood 1933: 59 ss.; véase al respecto recientemente Torregaray 2003, Francois 2006).

En el Senado de Roma Escipión el Africano llegó a ser criticado precisamente por su gusto por el refinado lujo griego, considerado poco acorde con las *mores maiorum* de los viejos y rudos campesinos itálicos. Con ocasión de uno de los enfrentamientos entre los Fabios y los Cornelios en el Senado, se llegó a acusar a Escipión del siguiente modo: “*se discutía también el estilo de vida del propio general, impropio no ya de un romano sino incluso de un militar: que se pasease por el gimnasio con manto y sandalias griegas, que se dedicase a la lectura y a los ejercicios atléticos [actividades ambas típicamente griegas y por tanto sospechosas] que con todo su séquito disfrutara de los placeres siracusanos con igual abandono y molicie...*” (Livio 29, 19, 11-13). Séneca describe su villa de Literno, donde se retiró al final de su vida (Séneca, *Epístolas a Lucilio* 86); y aunque describe aprobadoramente su modestia en comparación con las mansiones y baños de época neroniana, hay quienes creen que Escipión fue el introductor de nuevas formas de vivir “a la griega”. Para muchos romanos adultos de hacia 185 a.C., un personaje como Catón el Viejo representaba la Roma tradicional, y Escipión una sospechosa y pervertidora helenofilia, lo que ayuda a comprender los crecientes ataques que éste sufrió en el Senado los últimos años de su vida (*vid. infra*). No cabe duda sobre los gustos de Escipión, y no es necesario recurrir –como hace Valerio Máximo– a un deseo de atraerse a los habitantes griegos de Sicilia para explicar el gusto por las sandalias y el palio de tipo griego (Valerio Máximo 3, 6, 1).

Por su parte, son mayoría (comenzando por Picard 1983-84) quienes leen buena parte de la vida y obra de Aníbal desde la perspectiva de un general y estadista, un *hegemón*, de corte helenístico. En particular, la influencia de Alejandro se recalca una y otra vez, hasta el punto de que muchos especialistas convienen con P. Barceló en que “como le sucedió a tantas figuras relevantes de la Antigüedad, también Alejandro Magno se convirtió en el ídolo de Aníbal” (Barceló 2012: 159). Desde la perspectiva militar, tal cosa es indudable (Barceló 2012; véase Quesada 2005 para nuestro punto de vista más detallado):

Aníbal se comporta como un general helenístico, mucho más sofisticado en su táctica, logística y estrategia que la casi totalidad de los generales romanos, exceptuando precisamente a Escipión hijo. Picard (1958: 211) recalca que “la educación militar de los hijos de Asdrúbal se hizo enteramente con libros y preceptores griegos” (cosa que realmente no se puede probar, pero que es aceptada generalmente; *cf.* Barceló 2012: 161). De hecho, quizá fue Aníbal un estratega “demasiado” helenístico en tanto que su concepción de la guerra basada en una victoria decisiva seguida de un conveniente tratado de paz chocó con la obsesiva determinación romana, cuyo Senado y pueblo no jugaban según las mismas reglas (Polibio 6, 52, 7) (véase Quesada 2013a: 261-264).

Sin embargo, y perdida la obra de los escritores griegos Sósilos (su antiguo preceptor) y Sileno (Nepote, *Aníbal* 13, 3) que acompañaron a Aníbal en sus campañas, y contando solo con la perspectiva romana, resulta más difícil evaluar no tanto la formación militar sino la persona y la ideología de Aníbal desde una óptica helenizante, semita o mixta. En realidad, y como también ocurre con Alejandro, sabemos muchísimo sobre lo que hizo Aníbal, pero muy poco sobre qué y quién era, más allá de la imagen a menudo estereotipada que nos transmiten por ejemplo Polibio (9, 24-25) o Livio (21, 4). Así, frente a la tradición potente que le considera ante todo un príncipe helenístico (Picard 1983-84; Lancel 1997: 202; Barceló 2000, 2010, 2012), hay una contracorriente igualmente activa que prefiere enfatizar su esencial carácter semita, púnico, tradición ya antigua (*e.g.* Sznycer 1984) revitalizada recientemente (Ferrer 2011; Wagner 2012). Nos sentimos próximos a Adrian Goldsworthy cuando se pregunta retóricamente (2000: 158) si Aníbal “¿fue un aristócrata helenizado que soñaba emular y superar las grandes expediciones de Alejandro o de Pirro, o si fue básicamente un noble púnico con un conjunto muy diferente de creencias o ambiciones? Por mucho que tratemos de comprender a Aníbal, siempre seguirá siendo un enigma”. Lazenby lo expresó más sucintamente pero con la misma conclusión: “en verdad no sabemos qué tipo de persona fue realmente Aníbal” (1978: 255).

4. ¿DINASTAS HELENÍSTICOS?

La educación y profundo amor por lo griego de ambos personajes tiene relación con un rasgo de su actividad política adulta que causó irritación y temor en sus propias ciudades-estado, ambas distintas pero de profundo carácter anti-monárquico y oligárquico. Nos referimos a la cuestión de la “realeza helenísti-

ca”, otro aspecto en cierto modo compartido entre ambos personajes, y que a ambos causó problemas. Primero Asdrúbal y luego Aníbal fueron acusados de pretender crear una monarquía en sus regiones conquistadas de Iberia, y en el caso de Aníbal, incluso de tratar de imponer una monarquía a Cartago, subvirtiendo su Constitución. Polibio (3, 8) atribuye esta idea a Fabio Pictor, para a continuación criticarle severamente: si el Senado de Cartago (sobre las instituciones cartaginesas véase en último lugar en español las distintas contribuciones recogidas en Costa & Fernández 2009) realmente hubiera estado deseando deshacerse de Aníbal, habría usado el pretexto de Sagunto para entregarle a Roma y deshacerse de él. Pero en realidad Polibio no niega la afirmación principal, una hipotética ansia de la realeza por parte de la familia Barca.

Con todo, y aún reconociendo la fuerte influencia que la idea de Alejandro ejerció sobre Aníbal, su trayectoria posterior no permite suponer que realmente quisiera crear un gobierno propio en Iberia o dar en Cartago lo que en la práctica sería un golpe de Estado para imponer su monarquía (*pro* Szyncer 1984: 443, y hasta Ferrer 2011: 308-309). Como ha indicado J. Alvar, en el rico debate sobre la monarquía en los programas ideológicos de fines del s. III subyace que “las fuentes y la historiografía proyectan indistintamente en las personalidades romanas o cartaginesas las preocupaciones que genera en la intelectualidad del grupo dominante la creciente obsolescencia de sus ordenamientos políticos y se teoriza sobre la bondad de otros procedimientos susceptibles de ser ensayados. Pero ese ejercicio no se realiza de forma inocente...” (Alvar 19978: 148).

No entraremos aquí en el problema de la inscripción del templo de Hera Lacinia y su carácter griego (Lancel 1997: 201 ss.), o –sobre todo– en el de la iconografía de las acuñaciones monetales bárquidas en Iberia y su significado (o no) dinástico en la tradición alejandrina y helenística. La asociación con Alejandro y Heraclés es comentada en una larga bibliografía (ver referencias antiguas en Brizzi 1991: 59) y sigue sin resolverse plenamente, como manifiesta el más reciente trabajo (García-Bellido 2013: 183 ss.), quien viene a reconocer el “anhelo de los Barca de gobernar de manera ‘diferente’ a Cartago y las medidas para hacer de Iberia algo similar a un reino helenístico propio...”; aunque sólo durante el gobierno de Asdrúbal el Bello, precisa García-Bellido, apoyándose entre otras cosas en Polibio 10, 10, 8, pero sin atribuir deseos de realeza al propio Aníbal, quien según esta autora dio un paso atrás “limando muchas de las manifestaciones monárquicas” (*ibid.* p. 193). Una última visión alternativa es recogida recientemente por Fariselli, enfatizando más

la función prevista de las monedas bárquidas, la paga de tropas mercenarias, y sugiriendo que la iconografía debe leerse en esa clave (Fariselli 2006).

Aunque pueda parecer increíble, tampoco Escipión se libró, ni siquiera en vida, de acusaciones semejantes, que en Roma eran, si cabe, aún más graves y peligrosas para la vida que en Cartago. El anticlímax que supuso su vida política tras Zama (*vid. infra*) le hizo vulnerable (Goldsworthy 2000: 323-324), como lo hizo su filohelenismo, que acabó pasándole factura al superarse la crisis de Aníbal. Y probablemente entonces comenzaron a recordarse episodios pasados, por ejemplo cuando tras su victoria en la batalla de *Baecula* en 208/7 a.C. los iberos entusiasmados comenzaron a aclamarle como “rey” (*basiléus, rex*; cf. Polibio 10, 40; Livio 27, 19), algo que, si se hubiera extendido, podría causarle problemas en Roma, por lo que se dirigió a Edecón e Indíbil y los demás iberos para rogarles que le llamaran simplemente “general” (*stratégós, imperator*). Polibio, siempre afecto a la familia, lo quiso dejar claro, indicio de que el episodio podía ser eventualmente usado contra Escipión en Roma sobre el viejo principio de que “si el río suena...”: “*Escipión, en cambio, superó en moderación a los demás hombres hasta el punto de que, cuando la fortuna se lo ofrecía, rechazó lo máximo que nadie se atrevería a pedir a los dioses: me refiero a la dignidad real. Escipión tuvo en mucho más la patria y la lealtad que le es debida, que un poder monárquico...*” (Polibio 10, 40, 9).

La comparación entre Escipión y Alejandro (Torregaray 2003; Francois 2006: 321 ss.) ya estaba presente en vida de aquel en las habladurías del ejército y en la mente del pueblo romano (Livio 26, 19, 7), mucho antes del desarrollo muy tardo-republicano e imperial del modelo de la *imitatio Alexandri* (Torregaray 2003: 138-139). A mediados del s. II a.C. ya se había consolidado toda una leyenda en torno a Escipión que llega casi a la divinización (Haywood 1933: 15; Scullard 1970: 18-23 ss.; el capítulo 1 del libro de Haywood de 1933 sigue siendo la obra fundamental sobre el tema de la leyenda escipónica). La misma asociación entre Heracles y Aníbal que se ha documentado en las monedas bárquidas aparece en la tradición romana (Ciceron, *República* fr. 3, *apud* Lactancio *Inst.* 1, 18, 11, Horacio *Odas* 4, 8, 13-34 y Silio Itálico *Púnicas* 15, 18 ss.). En la tradición romana, en fin, Escipión se asocia a Alejandro en su parte luminosa, Aníbal en la oscura (cf. Francois 2006: 324).

Quinto Fabio Máximo en cierto modo acusó a Escipión de aspirar a la realeza casi ya en el apogeo de su gloria, en 205 a.C.: “*Yo considero, padres conscriptos, que Publio Cornelio ha sido nombrado cónsul para el Estado y para*

nosotros, no para sus particulares intereses, y que los ejércitos han sido alistados para la defensa de Roma y de Italia, no para que los cónsules de forma arrogante como si fueran reyes se los lleven al lugar de la tierra que ellos quieran...” (Livio 28, 42, 22). Y justo antes de que cruzara a África se repitió la acusación, ahora más explícita: *“en Hispania se habían perdido casi más soldados a causa de los motines que de la guerra; siguiendo los usos de los déspotas extranjeros, tan pronto se mostraba indulgente con la indisciplina de los soldados como se ensañaba con ellos...”* (Livio 29, 19, 4).

Estas acusaciones nada veladas quedaron al final en nada, y la facción escipiónica siempre insistió en la contención y moderación del general ante estímulos para que asumiera aires regios (el caso de *Baecula*, o su actuación tras la toma de *Carthago Nova* en el año anterior son buenos ejemplos). Livio recoge incluso la contrapropaganda desplegada, en este caso en un discurso de Tiberio Graco: *“en una ocasión [Escipión Africano] reprendió al pueblo porque quería hacerlo cónsul vitalicio y dictador; que prohibió que se le erigieran estatuas en el comicio, en los Rostros, en la Curia, en el Capitolio y en el santuario de Júpiter; y que impidió que se tomase la decisión de que saliese su imagen, con los atavíos del triunfo, del templo de Júpiter Optimo Máximo”* (Livio 38, 56, 12-13).

5. EL ENEMIGO EN CASA: LA FERAZ COMPETENCIA ENTRE FACCIÓNES ARISTOCRÁTICAS

Tanto Aníbal como Escipión crecieron en sociedades muy jerarquizadas, basadas en el concepto de ciudad-estado regida por aristocracias basadas en el caso de Roma en el concepto de *virtus* (valor militar, coraje y hombría; McDonnell 2006), y por valores similares en el caso de Cartago (Aristóteles *Política* 7, 2, 1324b10; véase Quesada 2009: 157 ss.). En los grupos dirigentes de ambas ciudades (magistraturas y cámaras selectivas) era rampante en el siglo III a.C. una visión expansionista y militarista, que entre otras cosas ofrecía riquezas y gloria militar a los miembros de esas familias, que luego la empleaban para una paralela y no menos feroz (aunque menos sangrienta) competencia interna entre clanes. Tanto Aníbal como Escipión sufrirían múltiples zancadillas a lo largo de sus carreras por parte de sus rivales políticos internos, en algunos casos muy serias.

Parece claro que la poderosa familia de los Barca era vista con sospecha por parte de la nobleza cartaginesa, en particular el clan de los Hannon, desde el desembarco de Amílcar en Iberia en 237 a.C. y su construcción de una suerte de provincia militar en el sur peninsular. Probablemente no es que los Hannon fueran pacifistas y prudentes comerciantes frente a unos Barca belicosos y aventureros, como a veces se ha simplificado. De hecho, la política de Hannon y su familia era probablemente tan agresiva como la de los Barca, pero centrada en el territorio norteafricano, fértil en buena parte de su ribera mediterránea (Barceló 2000: 42 ss.). En el juego de rivalidades de clanes, el ascenso de poder de unos podía ser peligroso para los demás, a distintos niveles además del gusto por el poder. Esa rivalidad era anterior a Aníbal, se remontaba al enfrentamiento entre Hannon y Amílcar en la Primera Guerra Púnica, como apunta Livio, y continuó cuando Hannon se opuso en Cartago a que se nombrara a Asdrúbal, yerno de Aníbal, para el mando en Iberia a la muerte de éste (Livio 21, 3, 3-6).

Sea como fuere, desde Cartago los rivales, podemos incluso decir enemigos, de Aníbal, le pusieron serias zancadillas ya desde el principio. Según Livio, todavía estaba Aníbal en Iberia asediando Sagunto en 218 cuando Hannon habló en el Senado de Cartago contra la aventura que iba a comenzar y reclamando que se concediera a los romanos lo que pedían, esto es, la entrega de Aníbal (Livio 21, 10). Pero el propio Livio apunta que Hannon se quedó sólo en este discurso (21, 10, 1), y Polibio señala acertadamente que por mucho que el Barca tuviera enemigos domésticos, *“los cartagineses tanto distaron de hacer cualquier cosa de las indicadas [como entregar a Aníbal al comienzo de la guerra] que, según las iniciativas de Aníbal, guerrearon continuamente durante dieciséis años y no cesaron hasta que, tras poner a prueba todas sus esperanzas, al final vieron en peligro su país y sus vidas”* (3, 8, 10).

Pese a ello, la actividad del bando de los Hannon fue intensa en un momento crítico, cuando pareció que Aníbal podría vengar la derrota de la Primera Guerra Púnica y poner a Roma de rodillas: la forma fue dificultar e impedir en el Senado y la Asamblea de Cartago que Aníbal recibiera en Italia unos refuerzos que necesitaba desesperadamente. Livio cuenta cómo ante el Senado de Cartago Himilcón, enviado por Aníbal para narrar la enorme victoria de Cannas y pedir refuerzos para llevar la guerra a una conclusión victoriosa (otra cosa es que posiblemente incluso con refuerzos Aníbal habría visto su empeño frustrado en cualquier caso). Himilcón se queja entre irónico y furioso por las pegas que Hannon

pone a la victoria de Aníbal (Livio 23, 11, 7-17) interpelando al rival: “¿*Qué ocurre, Hannon? ¿todavía lamentas que se emprendiera la guerra contra los romanos? Pide que te sea entregado Aníbal, oponte a que se les den las gracias a los dioses inmortales por lo bien que van las cosas, escuchemos a un senador romano en la curia de los cartagineses...*” (Livio 23, 11, 7-17). La respuesta de Hannon que Livio reconstruye, muestra, si no lo que realmente se dijo aquel día en Cartago, sí lo que un romano inteligente podía percibir de lo que allí se discutió. En efecto, Hannon, presciente a la vez que demagogo, insiste en su rechazo a la guerra aventurera de Aníbal, teme que las cosas se tuerzan (como así ocurrió) y enreda las cosas al argüir que si Aníbal ha conseguido una victoria tan grande como dice, no ha de necesitar los refuerzos que reclama: “*A Himilcón le contestaré que no he dejado de lamentar la guerra, no dejaré de acusar a vuestro invicto general hasta que no la vea finalizada en unas condiciones aceptables... quisiera que me conteste Himilcón, o bien Magón, puesto que en Cannas se ha luchado hasta exterminar el imperio romano y es un hecho que toda Italia está sublevada, en primer lugar, si alguno de los pueblos de ciudadanía latina se ha pasado a nuestro bando [...] pienso que no procede hacer el envío [de refuerzos] si están venciendo, y mucho menos creo que haya que hacerlo si nos están engañando con falsas o vanas esperanzas’.... El discurso de Hannon no convenció a muchos, pues le restaba credibilidad su enfrentamiento con la familia de los Barca*” (Livio 23, 12, 6-17).

Los nobles cartagineses no dudaron tampoco, cuando la suerte de la guerra se volvió contraria, en acumular sobre Aníbal y su facción todas las culpas, buscando exonerarse a sí mismos. Así, cuando en 203 a.C. enviaron a Escipión en África, poco antes de Zama, una embajada “a la oriental”: “*se postraron al estilo de los cortesanos [los embajadores púnicos], siguiendo la costumbre de su país de origen, supongo. Su discurso estuvo en consonancia con tan humilde actitud cortesana, no tratando de exculparse, sino cargando la responsabilidad de su falta sobre Aníbal y los miembros de su poderosa facción*” (Livio 30, 16, 4-5). Tal argumentación la repetiría ante el mismo Senado en Roma otra embajada enviada por Cartago, al tiempo que Aníbal regresaba a África (Livio 30, 22, 1-3). Y no sólo Hannon es mencionado por su nombre por las fuentes como oponente de Aníbal: se nos menciona también a Asdrúbal, “*conocido entre sus paisanos con el sobrenombre de Hedo, permanente partidario de la paz y contrario a la facción de los Barca*” (Livio 30, 42, 12), que formó parte de la embajada de paz a Roma en el final del conflicto.

Es evidente que Livio no pudo saber qué dijo exactamente Aníbal cuando el Senado de Cartago le ordenó perentoriamente abandonar el Brucio y regresar a África, al tiempo que ordenaba lo mismo a su hermano Magón en Liguria, pero la recreación sin duda expresa al menos el conocimiento que los romanos tenían de las luchas internas en Cartago. Y desde luego resulta significativo que Livio ponga en boca del líder cartaginés, en un momento tan crítico, el nombre de su futuro rival Escipión: “*Ya no reclaman mi vuelta con rodeos sino abiertamente los que ya antes querían forzar mi salida de aquí impidiendo el envío de refuerzos y dinero. Aníbal, pues, ha sido vencido no por el pueblo romano, tantas veces derrotado y puesto en fuga, sino por el senado cartaginés, con la calumnia y la envidia. Y con este vergonzoso retorno mío no se alegrará y ufanará tanto Publio Escipión como Hannon, que hundió nuestra casa con la ruina de Cartago, ya que por otro medio no fue capaz*” (Livio 30, 20, 3). Cabe quizá disculpar que Aníbal, que no se veía derrotado sino frustrado, reaccionara con tanta amargura como ceguera, ya que a Cartago ciertamente no le quedaba en el contexto del año 203 a.C. más remedio que reclamar la vuelta de los únicos ejércitos que podían salvarla de Escipión.

La peculiar tradición favorable a Aníbal que recoge Nepote (véase Valcárcel 1995 para la ‘Anibalofilia’ de Nepote, no solo según Valcárcel por su dependencia de Sósilo y Sileno, sino también por un intento consciente del autor de presentar al público romano “la otra cara” de Aníbal) es explícita en considerar a la familia de Hannon como causante de la derrota final de Aníbal: “*de no haber sido porque la envidia de sus propios conciudadanos había resquebrajado su poder, se podía pensar que hubiera terminado por vencer definitivamente a los romanos*” (Aníbal 1,2), lo que casi con absoluta seguridad es una apreciación errónea.

Igual de evidentes son las dificultades que, de parte de sus propios enemigos romanos, sufrió Escipión, combatiendo en Iberia en lo que para muchos sería un teatro secundario de la guerra. La guerra fría de facciones en Roma no se detuvo por la crisis de Aníbal, ni siquiera entre Sagunto y Zama (Haywood 1933: 45 ss. sigue siendo la base de estudio). Ya antes de su marcha a Iberia en 211, la facción de Quinto Fabio Máximo *cunctator* se había enfrentado a los Cornelios (aliados con los Emilios por matrimonio, cf. Scullard 1970: 28) sobre la forma de llevar la guerra en Italia: el *cunctator* prefería rehuir la batalla abierta con Aníbal, como en cierto modo Hannon había preferido evitar la colisión con Roma, y la catástrofe de Cannas en Italia y la de los Escipiones en

España pareció reivindicar la impopular táctica dilatoria favorecida por los Fabios. Con todo, el joven Escipión se había hecho muy popular en Roma por sus acciones tras Cannas, y fue elegido edil incluso cuando no tenía la edad necesaria (Livio 25, 2), al tiempo que crecía su fama de hombre piadoso a la antigua usanza, cuyos sueños con los dioses le marcaban como un elegido (Polibio 10, 2, 12; Livio 26, 451, 18, etc.; véase Scullard 1970: 18 ss.; Santosuoso 1997: 198-200). Por cierto que hasta en esto la tradición y los *topoi* literarios crean un paralelo con Aníbal: si Escipión recibía en sueños instrucciones de los dioses, Aníbal soñaba que Júpiter le invitaba a la asamblea de los dioses y recibía la orden de invadir Italia (Cicerón, *Sobre la adivinación* 1, 49, citando a Sileno como fuente; también Livio 21, 22, 6-9 y otras muchas fuentes menores; cf. Devillers & Krings, 2006: *passim*).

Que las reacciones de Roma en momentos de verdadero peligro eran más eficaces que las de Cartago queda mostrado por el hecho de que el joven Escipión encontrara los apoyos necesarios para marchar a Iberia a recoger en 210 el testigo de su padre (aunque el proceso es discutido, véase Haywood 1933: 50 ss.; Scullard 1970: 31). En lo sucesivo, sus victorias resonantes le ganarían apoyos sobre la facción de los Fabios, que, sin embargo, llevaban la voz cantante en las acciones de Italia.

Lo que le ocurrió a Escipión cuando, tras su aplastante victoria de Ilipa y la expulsión definitiva de los cartagineses de Hispania (que en definitiva significaba ganar la guerra tarde o temprano), podría serle familiar a Aníbal. Y no es sólo que se le negara el triunfo sobre la base de que legalmente no tenía derecho a ello, ya que no había gozado de magistratura con *imperium* cuando ganó sus resonantes victorias (cf. Scullard 1970: 108 ss.). Lo peor vino cuando tras ganar aplastantemente el consulado (Livio 28, 38, 6-8), se corrió la voz de que había decidido marchar desde Sicilia, su provincia asignada, hasta África para concluir la guerra en territorio enemigo: los Fabios y los Claudios vieron su oportunidad. El golpe lo iba a dar el gran Quinto Fabio Máximo *cunctator*, cuyas recetas para la guerra en Italia contra Aníbal, sin proporcionar una victoria decisiva, habían ido estrangulando lentamente al cartaginés, a su vez privado de suficientes refuerzos por la actitud de su propio Senado y la derrota y muerte de su hermano Asdrúbal en Metauro.

En un memorable discurso en el Senado (Livio 28, 40-42), Fabio Máximo comenzó acusando al nuevo cónsul de haber decidido pasar a África sin haber recibido para ello todavía la orden del Senado y el pueblo de Roma (28, 40, 4-

5). Continuó comparando su larguísima experiencia y éxitos en Italia, sus cinco consulados y su dictadura, para ridiculizar la idea misma de que pudiera estar celoso de un jovencuelo como Escipión (que, recordemos, apenas tenía treinta años). Puesta la venda antes de recibir la herida, el veterano orador recordó al Senado que si ahora un joven tenía la oportunidad de vencer a Aníbal, era sólo porque él había impedido primero que venciera, debilitándole. Pasó entonces Fabio a proponer que Escipión concluyera la guerra derrotando a Aníbal en casa, en lugar de correr la aventura de cruzar a África dejando al Barca en Italia, y no hay razón para creer, conociendo su carrera previa, que el *cunctator* no estuviera convencido de que su propuesta, “*ir a atacar lo que es de otro después de defender lo tuyo*” (28, 41, 9) era la única sensata.

No deja de ser curioso que Livio ponga en manos de un romano conservador como Fabio el paralelo griego de Alcibíades, “*un joven tan emprendedor como noble*”, y la malhadada expedición ateniense a Siracusa durante la guerra del Peloponeso para lanzar un dardo envenenado a Escipión. El discurso continuó en este tono, minimizando elegantemente la lucha en Iberia: “*cuando desde alta mar veas África, Publio Cornelio, te parecerá que tus Hispanias han sido un juego y una broma, Cartagena fue asaltada con toda tranquilidad, sin que ninguno de los tres ejércitos cartagineses defendiera a sus aliados. Las otras empresas, y no voy a quitarles importancia, no pueden compararse bajo ningún concepto con una guerra en África, donde no hay ningún puerto abierto a nuestra flota, ningún territorio dominado, ni un rey amigo...*” (28, 42, 2-6). El ataque final fue demoledor: “*te dispones a abandonar Italia no porque lo creas útil para el Estado sino porque consideras que es importante y glorioso para ti... yo considero, padres conscriptos, que Publio Cornelio ha sido nombrado cónsul para el Estado y para nosotros, no para sus particulares intereses, y que los ejércitos han sido alistados para la defensa de Roma y de Italia, no para que los cónsules de forma tan arrogante como si fueran reyes se los lleven al lugar de la tierra que ellos quieran*” (28, 42, 20-22). Ciertamente, si Aníbal hubiera tenido oportunidad de asistir a un tal pleno del Senado, hubiera probablemente comparado la posición de Escipión frente a Fabio Máximo con la suya propia frente a Hannon.

Para Scullard (1970: 168) la postura de Fabio Máximo es la de un conservador con una visión de campesino: deseaba acabar la guerra en Italia, cerrar las heridas y desarrollar la posición itálica; Escipión, por el contrario, abrazaría la idea de que una política puramente italiana estaba obsoleta y que Roma

debía convertirse en un poder mediterráneo. Lo más probable es que ambos protagonistas no tuvieran una visión tan nítida y clara de las cosas, pero sí estaba claro que sus *gentes* estaban enfrentadas.

La mesurada respuesta de Escipión al *cunctator* (Livio 28, 43-44) no anuló el impacto causado entre los senadores, y en especial entre los de mayor edad, por el discurso de Fabio Máximo, aunque Escipión acabó saliéndose con la suya por el temor del Senado a que apelara al pueblo, que le adoraba. Pero lo hizo poniéndole trabas que hubieran desanimado a otro general de menor calado. Se le autorizó finalmente a cruzar a África, pero sin proporcionarle un ejército completo para ello, debido a lo cual hubo de reclutar voluntarios y aportaciones también voluntarias de las ciudades itálicas, lo que consiguió dada su popularidad (Livio 28, 46; 29, 1): la forma en que forjó un ejército competente en Sicilia con una guarnición desmoralizada (las antiguas legiones cannenses) y voluntarios todavía asombra a los profesionales de la milicia. E incluso mientras preparaba la guerra en Sicilia hubo Escipión de sufrir nuevas zancadillas, cuando iba a marchar a África en calidad de procónsul. A partir de una confusa serie de incidentes en la ciudad de Locri, en la que soldados romanos se enfrentaron entre sí con ferocidad además de saquear la ciudad recapturada, los Fabios volvieron a atacar en el Senado al ausente Escipión, responsable de las tropas, acusándole de ser incapaz de mantener la disciplina (Livio 29, 19) por actuar “siguiendo los usos de los *déspotas extranjeros*”, de nuevo una alusión a su filohelenismo y a la sospecha de aspirar a la realeza, la peor acusación que se podía hacer a un romano, y la segunda vez que se repetía en poco tiempo. Sólo la intervención en el senado de Quinto Cecilio Metelo, que había sido cónsul en 206, evitó que se quitara el mando a Escipión y se le llamara a Roma.

El fallecimiento en 203/2 a.C. de Quinto Fabio Máximo, a una edad muy avanzada (Livio 30, 26, 7), no significaría el fin de los problemas de Escipión en su propia política doméstica. Al contrario, marcaría el inicio de lo que Haywood llamó, exageradamente, la “catástrofe” (1933: 86 ss.) y Scullard (1970) “el declive y caída de los Escipiones” parafraseando por supuesto a Gibbon.

No sólo durante la guerra sufrieron trabas ambos generales, cada uno por parte de los suyos, sino que tras ella tanto el vencedor como el vencido fueron objeto de acusaciones de corrupción, venalidad e incluso traición, de las que se defendieron con éxito, pero que parecen haberles amargado, forzando finalmente una fuga precipitada por su vida en el caso de Aníbal, y un exilio autoimpuesto y rencoroso en el de Escipión, como veremos más adelante.

6. LA CREACIÓN DE UN MITO: LA ENTREVISTA DE ZAMA Y EL DUELO SINGULAR

Parece fuera de duda que el episodio en el que Apiano narra un duelo singular entre Aníbal y Escipión en mitad de la batalla de Zama es una pura fábula, en una época en la que los duelos singulares, incluso entre oficiales, están sin embargo bastante bien documentados (Cowan 2007: 159 ss.): “*Como el combate fuera largo e incierto, ambos generales, movidos a compasión por el cansancio de sus soldados, se lanzaron uno contra otro con idea de dirimir por la vía rápida y entre ellos la suerte de la batalla. Los dos dispararon a la vez, alcanzando Escipión a Aníbal en el escudo, y éste al caballo de Escipión, que a causa de la herida lo arrastró hasta la retaguardia hasta que, subiendo a otro caballo de nuevo, volvió a disparar contra Aníbal. También en esta ocasión erró el tiro y alcanzó al jinete que estaba al lado. Entretanto, acudió Masinissa al enterarse de este duelo... (África 45)*. Aparte de la inherente inverosimilitud de la narración tal cual es descrita, y su final “en falso”, el episodio no es narrado por ninguna otra fuente.

Aunque la tradición del combate singular entre campeones no es en absoluto ajena a la tradición militar romana republicana e incluso imperial (e.g. Oakley 1985; Cowan 2007: 102 ss.), y parece cierto que algún Escipión no desdeñó batirse en duelo singular décadas después en Iberia (Emiliano; cf. Apiano *Iberia* 53; Polibio 35, 5 = *Suda*), la idea de un combate singular en mitad de la batalla de dos generales en jefe del calibre de Aníbal y Escipión, y en una ocasión sin duda percibida como militarmente decisiva y a la vez políticamente compleja, resulta poco creíble, sobre todo si no es referida por ninguna de nuestras otras dos mejores fuentes para la batalla, Polibio y Tito Livio. En particular Polibio, amigo de la casa de los Escipiones, sin duda habría hecho alguna mención del suceso.

En esto también se aprecia una similitud en los estilos de mando de Aníbal y Escipión. Al contrario que Alejandro, cuya posición dentro de una aristocracia macedonia bastante primitiva en este sentido le obligaba a mandar arriesgando su vida en cada encuentro (Keegan 1987), tanto Aníbal como Escipión parecen haber sido valerosos cuando era necesario para dar ejemplo, pero también cautelosos, no arriesgando su vida innecesariamente y buscanso más bien mantener desde cierta distancia el control de la batalla. Fue el valor físico una de las cualidades que llevaron a Aníbal a ser elegido para el mando en Iberia (Polibio 2, 36, 3) y ya se ha hablado hace unas páginas del valor personal que

el joven Escipión demostró en Trasimeno. Esta doble condición está mejor documentada en el caso de Escipión, como por ejemplo cuenta Polibio de Escipión ante Cartagena, donde avanzó hasta las primeras líneas acompañado de tres portaescudos: “*Escipión, personalmente, no rehuyó el riesgo, pero lo hizo con la máxima seguridad posible*” (Polibio 10, 13). En cuanto a Aníbal, aunque fue herido en Sagunto (Livio 21, 7, 10, quizá un *topos*), siguió la misma política, más propia de un soldado profesional que de un guerrero noble. De acuerdo con la clasificación de J. Keegan en su *The Mask of Command* (1987), el tipo de liderazgo en batalla de ambos generales se parece más al “antiheroico” de un Wellington que al “heroico” de Alejandro (véase también sobre el mando en batalla antigua la síntesis y análisis de Daly 2002: 113 ss., y adicionalmente el estudio de K. Kagan, que curiosamente se centra en César y A. Marcelino, pero no menciona a Aníbal y Escipión). Polibio, refiriéndose a Escipión, lo dejó muy claro: como general no se expuso al riesgo personal si no era necesario, conducta de un general que no se fía de la Fortuna, sino que se conduce con inteligencia (traducción generalizada contra la propuesta por el autor de la versión publicada en la Biblioteca Clásica Gredos; véase Walbank 1967: 199). De hecho, en la Segunda Guerra Púnica parece generalizada, y no sólo aplicable a Aníbal y a Escipión, la conducta prudente y controladora de los generales (al respecto véase también Sabin 1996: 68).

Más problemático resulta decidir sobre la historicidad de otro de los episodios relacionados con ambos generales: la supuesta entrevista personal y directa entre ambos justo antes de la misma batalla de Zama. Aunque se ha dudado también de la realidad de esta entrevista entre los generales, lo cierto es que es mencionada con detalle por nuestras tres fuentes principales: Polibio (15, 5-9), Livio (30, 29-32) y Apiano (*África* 39), que además coinciden en lo esencial: la entrevista se hizo a iniciativa de Aníbal, en soledad (salvo traductores, lo cual es extraño porque ambos hablaban griego), y con respeto mutuo. Aníbal aludió a lo tornadizo de la Fortuna (tema constante en Polibio, menos en Livio pero aquí preeminente) y a su deseo de llegar a un acuerdo de paz concediendo a Roma lo que en realidad ésta ya tenía conquistado: Italia, las islas e Iberia. Escipión habría insistido en la culpabilidad cartaginesa y exigido lo que en términos modernos llamamos una “rendición sin condiciones”. La historiografía moderna tiende a ser escéptica sobre la entrevista, considerándola incluso una invención completa de Ennio, a quien habrían seguido los autores posteriores, pero otros autores, notablemente Scullard (1970: 142 ss.) la consideran, como nosotros, posible.

En todo caso, y aunque pueda dudarse de la historicidad de la entrevista, y más aún del detalle de los contenidos (sobre todo si no hubo testigos), al menos podemos tener seguridad de que se trata de lo que personajes bien informados del s. II a.C. (relativamente cercanos a los acontecimientos y a sus informantes) y siglos después creían verosímil y adecuado a las circunstancias. Igualmente, los textos son relevantes de cara a comprender la construcción del mito en torno a ambos personajes, en particular el persistente del respeto e incluso admiración mutua (*vid. infra*), más acusado este último sentimiento en Livio que en Polibio (Polibio es más seco y el respeto se deduce de las palabras que recrea; Livio habla en 30, 30, 2 de que ambos parecieron sobrecogidos con admiración mutua).

7. TRAS UNA VIDA DIVERGENTE... ¿HACIA UNA MUERTE PARALELA?

Entre la batalla decisiva de 202 y el fallecimiento (en el margen de unos pocos meses) tanto de Aníbal como de Escipión (183/182 a.C.) se produjo lo que desde nuestro punto de vista moderno, y gozando de la perspectiva de dos mil años, puede quizá considerarse un anticlímax bastante triste en ambos casos. Sin embargo, fueron años particularmente movidos, en los que ambos personajes jugaron papeles importantes tanto en la política doméstica de sus ciudades como en el tablero diplomático-militar del Mediterráneo. Y desde luego no cabe duda de que para Roma la idea de enfrentarse entre 197 y 190 a.C. a macedonios y seleúcidas, provistos de poderosos ejércitos herederos de los de Alejandro Magno, debió ser inicialmente una perspectiva tan preocupante o más que la que pudo haber supuesto en 218 a.C. la idea de una lucha renovada con Cartago (Apiano *Siria* 37). El que luego las guerras con los helenísticos resultaran fáciles en comparación con la librada contra Aníbal en modo alguno era predecible para Roma, ni el desarrollo de los acontecimientos predeterminado.

Parecería pues para muchos que tras la batalla de Zama (202 a.C.) Aníbal y Escipión hubieran descendido del escenario y los focos del primer plano de la Historia, y sin embargo nada está más lejos de la realidad. Aunque con resultados distintos, ambos tendrían vidas agitadas y en último extremo entristecidas por el desapego de sus propios conciudadanos, y aunque la muerte por suicidio de Aníbal tendría un tinte más trágico que la de su rival Escipión, en realidad ambos morirían, desengañados y probablemente amargados, en el exilio.

Aníbal no sólo no resultó desprestigiado entre su gente por la derrota en Zama, sino que, tras superar con aparente facilidad las zancadillas y un proceso impuestos por sus rivales internos, la familia de los Hannon y otros aristócratas, parece haber jugado un papel importante (Livio 30, 35, 11; 36, 4; 37, 7-8) en el tratado de paz que, aunque garantizaba temporalmente la supervivencia de Cartago, sellaría su definitiva inferioridad económica y militar frente a Roma. Según Livio, Aníbal habría visto con más claridad que muchos de sus conciudadanos la necesidad de hacer la paz, aunque al parecer las décadas seguidas de generalato habían mellado sus capacidades como político melifluo: *“cuando Gisgón se adelantó para desaconsejar la paz [ante la dureza de las condiciones que exigían los romanos] y se mostró de acuerdo con él aquella multitud [...], Aníbal, indignado de que en unas circunstancias como aquellas se dijese cosas semejantes y se les prestase oídos, agarró a Gisgón con la mano y lo sacó a la fuerza de la tribuna. Este gesto, insolito en una sociedad civil libre, provocó murmullos de protesta entre el pueblo, y el hombre de armas, desconcertado ante aquella libertad de la ciudad, dijo: ‘Salí de entre vosotros a los nueve años, y he vuelto después de treinta y seis. Creo que conozco bastante bien lo que debe saber un soldado [...] Los derechos, las leyes y las costumbres de la ciudad y del foro tenéis que enseñármelos vosotros’. Tras pedir excusas por su ignorancia habló largamente acerca de lo necesaria y nada desventajosa que era la paz”* (Livio 37, 7-10).

Sea como fuere, parece que Aníbal aprendió rápido, porque al poco, en 197 o más probablemente 196 a.C. (Hoyos 2003: 191), asumiría el cargo de sufeta, máxima magistratura de Cartago (Nepote la considera regia, *Aníbal* 7, 4), y desempeñaría con sus reformas un papel fundamental en el raudo resurgimiento económico de su patria (Livio 33, 47, 1-2; Nepote *Aníbal* 7, 5; véase en último lugar, C.G. Wagner 2012, especialmente 272-273). Es significativo que, como ha recordado Barceló (2000: 204), el nombre de su colega en el cargo haya caído en el olvido, a no ser que, en un caso rarísimo, fuera sufete único (Lancel 1997: 231).

Los enemigos locales conciudadanos de Aníbal –y esos son siempre los peores– le acusaron ante Roma entonces de conspirar con el rey seleúcida Antíoco III para urdir una nueva guerra (Livio 33, 45, 6). Ante estas circunstancias, Roma no podía sino sentirse alarmada, y por ello, sirviéndose de su posición dominante y utilizando como su instrumento a esos mismos enemigos de los Barca, forzó la precipitada huida y exilio definitivo de Aní-

bal (195 a.C.; Lancel 1997: 246, prefiriendo el testimonio de Livio sobre el de Apiano), al tiempo que el gobierno de la ciudad púnica ordenaba arrasar su mansión y confiscar su patrimonio (Nepote *Aníbal* 7,7). Livio nos cuenta que Escipión se opuso a esta persecución de su viejo enemigo, sin éxito (33, 47, 4-5).

Desde entonces (194 a.C.) el cartaginés se convirtió en una suerte de *condottiero* de lujo al servicio de los reyes helenísticos que, como fichas de dominó, fueron golpeados y derribados por Roma uno tras otro. Inicialmente empleado como almirante –con escaso éxito– y consejero en Éfeso al servicio del rey seleúcida Antíoco III (entre 195 y 189 a.C.), hubo de abandonar Asia Menor tras la derrota de éste en Magnesia en 190 (Antíoco, por lo que fuere, quizá celos según Apiano –*Siria* 9–, no quiso contar con él como su general en tierra). De allí pasó Aníbal a Gortina (Creta), y luego a la corte del rey Artaxias de Armenia, a quien ayudó en sus planes urbanísticos, pero de donde hubo de huir nuevamente (189-187 a.C.). Refugiado en la corte de Prusias de Bitinia en 186, asesoró al rey en su lucha contra la rica Pérgamo, tradicional aliada de Roma (Trogo Pompeyo le atribuye una estrategia próxima a la “guerra biológica”, cf. Justino *Epítome* 32, 4, 6; Nepote *Aníbal* 23, 10, contra Frontino, *Strat.* 4, 7, 10, quien atribuye la batalla a la alianza de Aníbal con Antíoco, poco antes). Fue allí, en todo caso, donde ante la implacable presión de Roma, encarnada en la persona de Tito Quinctio Flaminio, Aníbal fue abandonado por el rey bitinio, y ante la amenaza de ser entregado a sus mortales enemigos, el gran cartaginés optó por el suicidio, en el año 183/2 a.C. (Livio 39, 51; contra Apiano *Siria* 11, quien acusa a Prusias de asesinato directo por instigación de Flaminio). Tendría Aníbal entonces unos sesenta y cinco años.

Entretanto, en 199 a.C. Escipión había sido nombrado *princeps senatus*, el primero en la lista, y había ejercido el cargo enormemente prestigioso de *ensor*, culmen del *cursus honorum* y cargo de inmenso prestigio pero apartado de la primera línea política diaria. En los años siguientes, sin duda, siete Cornelios fueron cónsules en la década tras Zama (Scullard 1970: 174), lo que no puede explicarse sin una inmensa influencia política de la familia. Pero cuando Aníbal se puso al servicio de Antíoco III y amenazó con crear una gran coalición antirromana, volveremos a encontrar a Escipión en el núcleo mismo de los acontecimientos.

Tras un segundo consulado comparativamente tranquilo en 194 a.C., parece que Escipión viajó en 193 a.C. a Cartago para –entre otras cosas– disuadir a

los amigos del Barca de unirse a tal proyecto, al tiempo que otros embajadores marchaban a Éfeso para hacer ver a Antíoco la locura de enfrentarse a Roma (al menos mientras a Roma no le interesara, Lancel 1997: 248-250).

Una tradición dudosa transmitida por Livio (que cita a Cuadrigario) y Apiano entre otros (también Plutarco, *Flaminio* 21), hace que Aníbal y Escipión se entrevistaran en Éfeso, en un diálogo muy del gusto de la tradición helénica: *“Se cuenta que, entre estas conversaciones habidas en el gimnasio, tuvo lugar una, en cierta ocasión, entre Escipión y Aníbal acerca del generalato, con gran número de asistentes, y que, al preguntar Escipión a Aníbal quién le parecía a él que había sido el mejor general, éste le respondió: ‘Alejandro el Macedonio’. Escipión no opuso reparos a este nombre... pero volvió a preguntar, de nuevo, quién ocupaba el segundo lugar después de Alejandro, y Aníbal respondió: ‘Pirro el epirota’ [...] Escipión estaba ya más picado, pero, no obstante, volvió a preguntarle, una vez más, a quién le daría el tercer lugar, pues estaba de todo punto confiado en obtenerlo. Sin embargo Aníbal respondió: ‘A mí mismo’ [...] Cuando Escipión se dio cuenta de que se excedía en su autoalabanza, dijo sonriente: ‘¿Dónde te habrías colocado, Aníbal, de no haber sido vencido por mí?’ Y éste, al percatarse ya de su envidia, le dijo: ‘De seguro que me habría puesto antes que Alejandro...’ De este modo Aníbal persistió en su autoelogio y aduló a Escipión de forma subrepticia por la sujeción de que había vencido a quien era mejor que Alejandro”* (Apiano, *Siria* 10). La versión de Livio (35, 14) es ligeramente diferente en la interpretación final, ya que la respuesta final de Aníbal, nos dice, *‘elaborada con púnica sutileza... impresionaron a Escipión, porque lo había situado fuera del conjunto de los generales, como si no admitiera parangón’*.

En todo caso, Apiano continúa comparando a Escipión y Aníbal como viejos veteranos, enemigos en el campo de batalla, pero bien capaces de charlar amistosamente una vez restablecida la paz. Parece casi una escena de club británico entre Lettow Vorbeck y Smuts.

En realidad, y pese a algunas opiniones en contrario, todo el episodio tiene un fuerte sabor a apócrifo. En particular, la estructura del diálogo es idéntica al episodio narrado por Heródoto (1, 29) sobre un también ficticio encuentro entre el rey Creso y Solón de Atenas, en el cual el debate en tres etapas trataba sobre la felicidad y Solón citaba como los más felices a Telo el Ateniense y a Cleobis y Bitón.

No hay en realidad pruebas de que durante el periodo en que Aníbal residió en Éfeso llegara a ver a Escipión. Y cuando con certeza éste último marchó en 190/189 a.C. a Asia como legado y consejero de su hermano el cónsul Lucio Cornelio Escipión Asiageno para combatir a Antíoco (sobre su elección, véase Livio 37, 1, 9-10; Justino *Epítome* 31, 7), el Africano cayó enfermo y no pudo combatir en Magnesia (Livio 37, 37, 6; Apiano *Siria* 21; *contra* Frontino, *Strat.* 4, 7, 30). Mientras –por su lado– Antíoco tampoco contó con los servicios de Aníbal, con lo que la nueva posibilidad de que los dos grandes generales se encontraran frente a frente doce años después de Zama nunca llegó a hacerse realidad. Pero todo indica que el papel de Escipión como asesor de su hermano fue en esta campaña mucho más importante que el de Aníbal en relación con Antíoco.

Así pues, durante estos años el destino de Escipión siguió en buena medida ligado al de Aníbal, y alguno de sus avatares más desagradables se asemejan a los de su viejo enemigo. En efecto, parecería que muy distinto al de Aníbal habría de ser el destino de Escipión, el magistrado republicano perfecto que tantas veces rechazara la dignidad real que los bárbaros le ofrecieran, aclamado por los romanos y reconocido como *Africanus* por su definitiva victoria, por haber aplastado a aquel Aníbal que apenas algunos años antes había rondado las puertas de la *Urbs*. Livio nos recuerda que fue el primer romano que obtuvo un *agnomen*, un apelativo, alusivo a la tierra donde había vencido: “*llegó a Roma atravesando una Italia exultante por la paz tanto como por la victoria: las ciudades se vaciaban para rendirle honores, y los campesinos en masa flanqueaban los caminos; entró en la ciudad en el desfile triunfal más famoso de los celebrados... fue el primero en ser honrado con el nombre del pueblo que él venció...*” (Livio 30, 45).

Y sin embargo, los acontecimientos se torcieron pronto. Si en 200 a.C. Aníbal acusó a sus enemigos locales de malversación de fondos, y se salió con la suya (Livio 33, 46), Escipión se vio inicialmente en situación peor, pues sufrió una acusación contra su hermano y luego contra él tras la victoria de su hermano en Magnesia en 189 (Apiano *Siria* 40), iniciando el proceso que hizo que Escipión se exiliara voluntariamente de Roma y fuera a vivir, y a morir, a su villa de Literno en Campania. La “catástrofe” o el “declive y caída de los Escipiones” que antes hemos mencionado es un proceso difícil de seguir porque Livio, que en esto sigue a Valerio Antias, incurre en problemas de cronología y en errores que sin embargo han podido ser detectados (Haywood 1933: 86 ss.).

En efecto, al regresar de las campañas de Asia contra Antíoco, los enemigos de los Escipiones, dirigidos por Marco Porcio Catón *el Viejo* –digno sucesor como oponente de Fabio Máximo–, atacaron a la familia por su flanco más débil, acusando de malversación a su hermano menor, Lucio (Scullard 1970: 216 ss.). En un acto de arrogante oratoria en el Senado repetido en numerosas fuentes (Polibio 23, 14; Livio 38, 55, 11-13), Escipión devastó a sus enemigos con su elocuencia brutal, pero éstos seguían allí. Scullard (1970: 175) ha recordado en este contexto que la preeminencia de un líder en la guerra no es siempre tolerable en la paz, y recordaba el consejo de Periandro de Corinto a Trasíbulo de Mileto cuando cortó todas las espigas sobresalientes de un campo de cereal (Heródoto 5, 92; Aristóteles *Política* 3, 1284a).

Pero incluso el poderoso Africano fue acusado en 185 a.C. de haber recibido un soborno de Antíoco, de haberse excedido en sus poderes, de haber incluso cedido ante el rey griego para salvar a su hijo rehén... Comenzaron entonces a recordarse viejas acusaciones de filohelenismo y Escipión hubo de reaccionar. Licio (38, 51) y Apiano (*Siria* 40) narran el mismo episodio: Escipión desvió el asalto recordando teatralmente al pueblo de Roma que se le acusaba en el aniversario de su victoria de Zama, lo que bastó para volver las tornas a su favor: “*Cuando comenzó a hablar [Escipión en el tribunal] ni siquiera mencionó la acusación, sino que pasó revista a su propia vida, a sus afanes y hechos todos [...] Después de pronunciar este discurso, corrió hacia el Capitolio, sin preocuparse en absoluto del juicio. Le siguió la multitud y la mayoría de los jueces dando gritos de júbilo. Que no cesaron mientras realizaba los sacrificios. Los acusadores no sabían qué hacer, pero no se atrevieron a entablar un nuevo proceso contra él, ni tampoco a reprocharle por su demagogia, pues habían comprendiendo que su vida era más fuerte que la sospecha y la calumnia*” (Apiano *Siria* 40). La escena que describe Livio complementa lo anterior: “*desde los rostra [Escipión] subió al Capitolio. Simultáneamente la asamblea en masa se dio la vuelta y siguió a Escipión, hasta el extremo de que al final... no quedó... nadie más que el pregonero que citaba desde los rostra al encausado...*” (38, 51, 12).

Pero Livio añade de inmediato: “*Este fue el último día que brilló para Publio Escipión. Como para después del mismo preveía odio y enfrentamientos con los tribunos, al producirse un aplazamiento más largo del proceso se retiró a su finca de Literno...*” (38, 52, 1). Pese al apoyo de Tiberio Sempronio Graco, en boca de quien Livio puso un elocuente discurso en

defensa del Africano (Livio 38, 53), éste tenía demasiados enemigos. Escipión falleció un par de años después, aparentemente amargado por la ingratitude de parte de sus conciudadanos. Se ha mencionado que pudo morir relativamente joven (tendría unos 53 años, unos diez menos que Aníbal) a causa de la enfermedad (quizá unas fiebres) que habría contraído en la campaña de Magnesia de 190.

En todo caso, si fuera cierto que ordenó que su cuerpo fuera enterrado en Literno, como indica Livio, el paralelo sería mayor: “*A partir de entonces no se habló más del Africano. Pasó la vida en Literno sin echar de menos la ciudad; cuentan que murió en el campo manifestando su voluntad de que se le diese sepultura allí mismo y se erigiese allí su monumento funerario, para que no se le rindiesen horas fúnebres en una patria ingrata*” (Livio 38, 53, 8). A la muerte del Africano su hermano menor volvería a ser acusado y esta vez condenado (Livio 38, 54-60).

8. UN VEREDICTO IMPOSIBLE E INNECESARIO

Antes hemos citado la probablemente ficticia conversación efesia entre Escipión y Aníbal sobre el generalato, en la que Aníbal concedía primacía primero a Alejandro Magno, y luego a Pirro, sobre él mismo. No podemos saber hasta qué punto este diálogo pudo inspirar a Luciano de Samósata, autor casi contemporáneo, en la elaboración de su propio *ranking* de generales famosos, actividad en la que se han complacido, más incluso que los propios militares, numerosos historiadores y aficionados a lo largo de la historia. En sus *Diálogos de los muertos* XII nos presenta Luciano la disputa que ante el juez de los muertos, Minos, mantienen Alejandro Magno, Aníbal y Escipión.

El veredicto de Luciano (Alejandro fue el más grande, seguido de Escipión, y finalmente Aníbal por el simple hecho de que fue derrotado por el romano) es lo de menos. Lo interesante es que ya en la Antigüedad un rey de estatura colosal y de vicios igualmente resaltables (de quien los propios romanos se preguntaron inquietos qué hubiera ocurrido si hubiera vuelto sus pasos hacia Occidente, como hizo Livio en una de las primeras ucronías de la Historia, 9, 17-19) era comparado con dos contemporáneos entre sí, Aníbal y Escipión, como si antes o después no hubieran existido militares tan ilustres como ellos. La razón, sin duda, es que en ninguna guerra vio Roma la posibilidad de su rui-

na tan cerca durante tantos años, soportando al enemigo en su propia tierra durante más de una década y media.

La pregunta clásica de quién fue más grande, Aníbal o Escipión no tiene, por supuesto, respuesta correcta. Por poner un ejemplo, tanto la apreciación de Lazenby favorable a Aníbal (1978: 226 ss.) como la de Scullard sobre Escipión (1970: 226), por no hablar de la de Liddell Hart, parten claramente de una preferencia emocional de los autores, que eligen los argumentos y los equilibran a su gusto. Y son todos grandes historiadores. En realidad la pregunta ni siquiera tiene sentido, porque la definición en abstracto de “grandeza” y sobre todo de primacía en la misma, no es sino un ejercicio de retórica. Como generales, ambos fueron grandísimos militares, pero con niveles de responsabilidad diferentes y comandando fuerzas totalmente distintas. Polibio lo dijo con claridad al evaluar el desempeño del derrotado Aníbal en Zama, reconociendo (15, 16) que hizo todo lo que un gran general podía hacer dadas las circunstancias y que *“hay ocasiones en que la fortuna y el azar se oponen a los intentos de hombres valientes”*... para de inmediato romper su distanciamiento y mostrar su verdadera dependencia al añadir *“otras veces lo hacen según el refrán ‘al fuerte le salió otro aún más fuerte’. Que es lo que con razón se podría decir que le ocurrió a Aníbal”*.

Aníbal fue, ante todo y sin duda, un magnífico conductor de hombres (Quesada 2005). Asombra cómo consiguió aglutinar en torno a sí un ejército multinacional formado por contingentes muy variados en costumbres y dependencia (desde súbditos africanos a aliados campanos pasando por mercenarios, e incluyendo iberos, celtíberos, ligures y otros muchos pueblos). La lealtad que su ejército de Italia le mostró hasta el final, tras años y años de campaña, todavía causa admiración, como se la causaba a Livio o Polibio (Livio 28, 12; Polibio 11, 19). Nadie duda de que como táctico Aníbal está entre los grandes capitanes de la Historia: su manejo de un ejército muy complejo y delicado tuvo una precisión de relojero, ocultando sus debilidades y aprovechando al máximo sus potencialidades.

Más discutida ha sido su capacidad como estratega; en principio, y si no supiéramos lo cerca que estuvo de alcanzar éxito, la gran marcha por tierra a Italia (sigue siendo útil Proctor 1974) parecería una locura: las ventajas de poder atraerse a los galos cisalpinos no parecen compensar en principio las que hubiera traído una ruta más directa desde África al Sur de Italia, y pese al dominio naval romano durante la guerra las flotas púnicas cruzaron en múlti-

ples ocasiones el Mediterráneo, la mayoría de las veces con éxito (Rankov 1996: 52 ss.), aunque en general la marina cartaginesa mostró un escaso grado de capacidad (Lazenby 1996: 46). Por otro lado, las bajas sufridas durante el viaje terrestre tienden a validar las razones de quienes consideran que el viaje fue casi un desastre sin paliativos desde el punto de vista logístico y de desgaste del ejército (*e.g.* Hoyos 2003: 111), y ya en la Antigüedad la marcha se comparaba desfavorablemente con la aparente facilidad con que su hermano Asdrúbal la repitió unos años después (Polibio 11, 1; Livio 27, 39, 4-6; 44, 6-9); sólo Nepote la presenta como un éxito sin paliativos (*Aníbal* 3, 4).

En todo caso, la mayor crítica que se hace a Aníbal es su negativa a marchar sobre Roma tras la aplastante victoria de Cannas, sobre lo que hay casi tantas opiniones como especialistas. B.D. Hoyos, en un provocador artículo titulado “¿Aníbal, qué clase de genio?” ha tratado de negar ese rasgo al Barca, empleando entre otros argumentos el error de no mandar la caballería de Maharbal hacia Roma justo tras la batalla (1983: 177), mientras que otros han sugerido la imposibilidad logística de atacar Roma (Shean 1996) o han ponderado pros y contras para concluir que posiblemente Aníbal fue consciente, y con razón, de que Roma no iba a caer por un golpe de mano (Lazenby 1978: 85-86; 1996).

En cuanto a Escipión, desde el punto de vista táctico no desmerece en absoluto de Aníbal, y la toma de Cartagena muestra grandes dotes a nivel operacional y estratégico (Scullard 1970: 46 ss.). La nueva forma en que empleó su ejército en *Baecula* y sobre todo en *Ilipa* primero, y en *Zama* luego, muestra una flexibilidad y una disposición a asumir riesgos que son marcas de un gran general. Tomó un sistema legionario basado en la lucha frontal de la falange y lo convirtió en un sistema mucho más flexible que utilizaba el ataque de flanco, y que además empleaba la infantería ligera y la caballería con una sutileza hasta entonces desconocida por los más rutinarios generales romanos. Hasta qué punto “imitó” a Aníbal –una de las críticas que más a menudo se le han hecho– es discutible, sobre todo teniendo en cuenta las diferencias entre los instrumentos que manejaban; pero incluso si lo hizo, consiguió resultados magníficos que pueden colocarle a la par con el Barca. Algunos historiadores creen (y siguen a Polibio 15, 15) que “Escipión venció al final no por sus mayores habilidades, sino porque tenía un ejército mejor, e incluso así la cosa estuvo fea” (Lazenby 1978: 256): puede que sea cierto, pero no deja de ser injusto con Escipión. Posiblemente nunca tuvo el carisma y control sobre sus

hombres que mostró Aníbal durante años, aunque sabía mostrarse hábil a la vez que despiadado en casos como el motín de *Sucro* (Chrissanthos 1997); su capacidad como estricto disciplinario y partidario del entrenamiento intensivo es también detallada por las fuentes, tanto tras la toma de Cartagena (Polibio 10, 20; Livio 26, 51) como en Sicilia años después (Livio 29, 1).

La dirección estratégica de la guerra correspondía al Senado, y a este órgano colectivo debe atribuirse el decisivo empeño de mantener la guerra en Hispania incluso en los momentos de mayor peligro para la propia Roma, impidiendo así que Aníbal recibiera unos refuerzos que necesitaba con urgencia. Resulta así difícil comprender cómo, si la estrategia romana se basaba precisamente en aislar a Aníbal de su base hispana, Escipión dejó que Asdrúbal se le escapara de entre las manos tras haberle vencido en *Baecula*, para marchar a su destino (a la postre trágico) en las riberas italianas del Metauro. Sobre *Baecula* y los recientes estudios arqueológicos, ver en último lugar Bellón *et alii* (2012, 2013), y sobre *Baecula* como una victoria fallida de Escipión, la recapitulación de Quesada (2013b). En el propio Senado romano tuvo el Africano que llegar a escuchar luego acerbas críticas por este episodio (Livio 28, 40), como hemos visto ya, críticas perpetuadas en el tiempo y que los historiadores modernos más fervorosos de Escipión, como H. Scullard (1970: 75 ss.), no consiguen explicar satisfactoriamente. Sin embargo, su actuación en África entre 204-202 tiene todas las marcas de un gran general, incluyendo el uso de una *perfidia plus quam Punica* cuando la ocasión lo exigió, caso de su incendiaria actuación ante *Castra Cornelia* en África (Livio 30, 3-5, véase por ejemplo esa *nova sapientia* en Francois 2006: 316 ss.) o la crueldad de impulsar fría y cínicamente el asesinato de una reina, por mucho que las fuentes –y los admiradores posteriores– traten de suavizar la situación (Livio 30, 14-15).

* * * * *

Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión fallecieron con pocos meses de diferencia, ambos fuera de su patria de origen, aunque ciertamente en distintas circunstancias concretas. No sabemos qué ocurriría con el cuerpo envenenado de Aníbal (Livio 39, 51), pero sin duda careció de tumba monumental y su rastro se pierde para siempre. Otro debiera haber sido el destino del cuerpo del Africano... pero también en ello llegamos a una triste convergencia: ni siquiera en la Antigüedad se sabía dónde estaba enterrado Escipión. Livio lo comen-

ta con sinceridad: “*en muchos otros detalles, con respecto sobre todo al final de la vida de Escipión, el procesamiento, la muerte, los funerales y el sepulcro, hay versiones contrapuestas, tanto que no sé a qué tradiciones y a qué escritos atenerme...hay desacuerdo acerca de la fecha de su procesamiento, el año de su muerte, el lugar donde murió y fue enterrado; para unos murió y recibió sepultura en Roma, para otros en Literno. En uno y otro lugar se exhiben su monumento y su estatua...*” (Livio 38, 56, 1-2).

No sabemos si en efecto, como reza la tradición, Escipión ordenó que en su tumba una inscripción rezara *ingrata patria, ne ossa quidem habebis*. Pero sin duda en su fallecimiento sus sentimientos de amargura no debieron de ser menos profundos que los que Livio pone en boca de su viejo enemigo, Aníbal, en el momento del suyo (Livio 390, 51, 9-12). Conviene por fin que cerremos esta narración con las palabras de quien mejor supo describir las sensaciones de nuestros protagonistas:

“*La muerte de los tres hombres más famosos de sus respectivos pueblos parece parangonable no tanto por la coincidencia cronológica como por el hecho de que ninguno de ellos tuvo un final digno del esplendor de su vida. En primer lugar, ninguno de ellos murió ni fue enterrado en suelo patrio. Aníbal y Filopemén murieron por veneno... Escipión, aún sin ser exiliado ni condenado... él mismo se impuso un exilio voluntario que alcanzó también su funeral*” (Livio 39, 52, 7-9). “*... Las dos ciudades más importantes del mundo, de forma casi simultánea, aparecían como ingratas hacia su primer ciudadano; más ingrata Roma, puesto que Cartago, vencida, había echado al exilio al vencido Aníbal, mientras que Roma, victoriosa, echaba al Africano vencedor*” (Livio 38, 50, 7).

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes clásicas

Apiano, *Historia Romana*, traducción y notas de A. Sancho Royo, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1980.

Aristóteles, *Política*, traducción y notas de M. García Valdés, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1988.

Frontino, *Stratagems*, traducción y notas de C.E. Bennett, Cambridge Mass. –Londres, Loeb Classical Library, 1980.

Justino, *Epítome de las Historias Filípicas de Trogo Pompeyo*, traducción y notas de J. Castro Sánchez, Biblioteca Clásica Gredos, 1995.

- T. Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, traducción y notas de J.A. Villar, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1993.
- C. Nepote, *Vidas*, traducción y notas de M. Segura, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1985.
- Polibio, *Historias*, traducción y notas de J.A. Villar y M. Balasch, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1981.
- P. Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, traducción y notas de S. López, M^a L. Harto y J. Villaba, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2003.

Bibliografía moderna

- E. Adler, *Valorizing the barbarians. Enemy speeches in Roman historiography*, Austin, Univ. of Texas Press, 2012.
- J. Alvar Ezquerra, “Héroes ajenos: Aníbal y Viriato”, en J. Alvar, J.M^a Blázquez (eds.), *Héroes y antihéroes en la Antigüedad Clásica*, Madrid, Cátedra, 1997, 137-153.
- P. Barceló, *Aníbal de Cartago*, Madrid, Alianza, 2000.
- P. Barceló, *Aníbal. Estratega y estadista*, Madrid, La Esfera, 2010.
- P. Barceló, “Aníbal y la helenización de la guerra en Occidente”, en S. Remedios, F. Prados & J. Bermejo (eds.), *Aníbal de Cartago. Historia y Mito*, Madrid, Polifemo, 2012, 159-175.
- P. Barceló, “Aníbal visto desde la posteridad”, en M. Bendala (ed.), *Fragor Hannibalidis. Aníbal en Hispania*, Madrid, Museo Arqueológico Regional, 2013, 413-433.
- J.P. Bellón Ruiz, F. Gómez, A. Ruiz, I. Cárdenas, M. Molinos & C. Rueda, “Un escenario bélico de la Segunda Guerra Púnica: Baecula”, en S. Remedios, F. Prados & J. Bermejo (eds.), *Aníbal de Cartago. Historia y Mito*, Madrid, Polifemo, 2012, 345-378.
- J.P. Bellón Ruiz, M. Molinos, F. Gómez, A. Ruiz & C. Rueda, “La batalla de Baecula: tras los pasos de Escipión el Africano”, en M. Bendala (ed.), *Fragor Hannibalidis. Aníbal en Hispania*, Madrid, Museo Arqueológico Regional, 2013, 313-333.
- M. Bendala (ed.), *Fragor Hannibalidis. Aníbal en Hispania*, Madrid, Museo Arqueológico Regional, 2013.
- G. Brizzi, “Gli studi annibalici”, *Atti II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma 1991, I 59-65.
- G. Brizzi, *Scipione e Annibale. La guerra per salvare Roma*. Roma-Bari, Laterza, 2007 (traducción española, Barcelona, Ariel, 2009).

- C.B. Champion, “Polybius and the Punic Wars”, en B.D. Hoyos (ed.), *A companion to the Punic Wars*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2011, 95-110.
- S.G. Chrissanthos, “Scipio and the mutiny at Sucro, 206 BC”, *Historia* 46.2, 1997, 172-184.
- B. Costa Ribas & J.H. Fernández, *Instituciones, demos y ejército en Cartago. XXIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, 2009.
- R. Cowan, *For the Glory of Rome. A history of Warriors and Warfare*, Londres, Greenhill, 2007.
- G. Daly, *Cannae. The Experience of Battle in the Second Punic War*, Londres, Routledge, 2002.
- O. Devillers & V. Krings, “Le songe d’Hannibal. Quelques réflexions sur la tradition littéraire”, en P. Francois, P. Moret & S. Péré-Noguès, *L’Hellénisation en Méditerranée Occidentale* (= *Pallas* 70), 2006, 337-346.
- A. Dominguez Monedero, “Los otros Barca: los familiares de Aníbal”, en S. Remedios, F. Prados & J. Bermejo (eds.), *Aníbal de Cartago. Historia y Mito*, Madrid, Polifemo, 2012, 177-202.
- A. Ch. Fariselli, “Il progetto politico dei Barcidi”, en P. Francois, P. Moret & S. Péré-Noguès (eds.), *L’Hellénisation en Méditerranée Occidentale* (= *Pallas* 70), 2006, 105-122.
- E. Ferrer Albelda, “Rasgos ideológicos helenísticos en la política ibérica de los Barca”, en J. M. Cortés, E. Muñoz & R. Gordillo (eds.), *Grecia ante los Imperios. Spal monografías* (Sevilla, Universidad) 15, 2011, 305-316.
- P. Francois, “*Externo more*: Scipion l’Africain et l’Hellénisation”, en P. Francois, P. Moret & S. Péré-Noguès (eds.), *L’Hellénisation en Méditerranée Occidentale* (= *Pallas* 70), 2006, 313-328.
- M^a P. García-Bellido, “El nacimiento del retrato monetario en Occidente: la familia Bárquida”, en M. Bendala (ed.), *Fragor Hannibalis. Aníbal en Hispania*, Madrid, Museo Arqueológico Regional, 2013, 175-207.
- A. Goldsworthy, *The Punic Wars*, Londres, Cassell, 2000 (traducción española, Barcelona, Ariel).
- R.M. Haywood, *Studies on Scipio Africanus*, Westport, Conn., 1933
- B.D. Hoyos, “Hannibal: What kind of genius?”, *Greece & Rome* 30.2, 1983, 171-181.
- B.D. Hoyos, *Hannibal’s Dynasty. Power and Politics in the Western Mediterranean*, Londres, Routledge, 2003.

- B.D. Hoyos (ed.), *A companion to the Punic Wars*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2011.
- H. Jiménez Vialas, “Aníbal en la cultura europea. De Dante a Flaubert (ss. XIV-XIX)”, en S. Remedios, F. Prados & J. Bermejo (eds.), *Aníbal de Cartago. Historia y Mito*, Madrid, Polifemo, 2012, 493-516.
- K. Kagan, *The Eye of Command*, Ann Arbor, University of Michigan, 2006.
- J. Keegan, *The mask of command*, Londres, Jonathan Cape, 1987.
- S. Lancel, *Aníbal*. Barcelona, Crítica, 1997 (edición original 1995).
- J.F. Lazenby, *Hannibal's War. A military history of the Second Punic War*, Warminster, Aris & Phillips Ltd., 1978
- J.F. Lazenby, “Was Maharbal Right?”, en T. Cornell, B. Rankov & P. Sabin (eds.), *The Second Punic War, a reappraisal*, Londres, Institute of Classical Studies, 1996, 39-48.
- D.S. Levene, *Livy on the Hannibalic War*, Oxford, Clarendon Press, 2010.
- B. Lidell Hart, *A Greater than Napoleon: Scipio Africanus*. Londres, W. Blackwood and Sons, 1926 (posteriormente reeditado, hasta hoy, como *Scipio Africanus: Greater Than Napoleon*).
- M. Lombardo, “I paradossi dell’ellenizzazione da Pirro ad Annibale: ideologie e pratiche ‘ellenizzanti’ nell’Italia meridionale di fronte all’espansione romana”, en P. Francois, P. Moret & S. Péré-Noguès (eds.), *L’Hellénisation en Méditerranée Occidentale (= Pallas 70)*, 2006, 15-26.
- M. McDonnell, *Roman Manliness. Virtus and the Roman Republic*, Cambridge, University Press, 2006.
- B. Mineo, “Principal literary sources for the Punic Wars (apart from Polybius)”, en B.D. Hoyos (ed.), *A companion to the Punic Wars*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2011, 111-127.
- S.P. Oakley, “Single combat in the Roman Republic”, *Classical Quarterly* 35, 1985, 392-410.
- A. Pérez Jimenez, “Introducción general” a las *Vidas Paralelas* de Plutarco, Vol. I, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 7-135.
- G. Ch. Picard, *La vie quotidienne à Carthage au temps d’Hannibal*, París, Hachette, 1958.
- G. Ch. Picard, “Hannibal hegemon hellénistique”, *Rivista Storica dell’Antichità* 13-14, 1983-84, 75-81.
- D. Proctor, *La expedición de Aníbal en la Historia*, Madrid, Austral, 1971.

- F. Quesada Sanz, “De guerreros a soldados. El ejército de Aníbal como un ejército cartaginés atípico”, *Guerra y Ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, Treballs del Museu Arqueològic d’Eivissa i Formentera 2005, 129-161.
- F. Quesada Sanz, “En torno a las instituciones militares cartaginesas”, en *Instituciones, demos y ejército en Cartago. XXIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, Treballs del Museu Arqueològic d’Eivissa i Formentera, 143-172.
- F. Quesada Sanz, “Aníbal, strategos carismático, y los ejércitos de Cartago”, en M. Bendala (ed.), *Fragor Hannibalis. Anibal en Hispania*, Madrid, Museo Arqueológico Regional, 2013, 255-283 [2013a].
- F. Quesada Sanz, “Baecula, ¿batalla campal importante o acción de retaguardia reñida?”, *Desperta Ferro Antigua y medieval* 17, 2013, 22-26 [2013b].
- B. Rankov, “The Second Punic War at Sea”, en T. Cornell, B. Rankov & P. Sabin (eds.), *The Second Punic War, a reappraisal*, Londres, Institute of Classical Studies, 1996, 49-57.
- S. Remedios Sanchez, F. Prados & J. Bermejo (eds.), *Anibal de Cartago. Historia y mito*. Madrid, Polifemo, 2012.
- P. Sabin, “The mechanics of Battle in the Second Punic War”, en T. Cornell, B. Rankov & P. Sabin (eds.), *The Second Punic War, a reappraisal*, Londres, Institute of Classical Studies, 1996, 59-79.
- A. Santosuosso, *Soldiers, Citizens and the Symbols of War. From Classical Greece to Republican Rome*, 500-167 B.C., Oxford, Clarendon Press, 1997.
- H.H. Scullard, *Scipio Africanus: soldier and politician*. Londres 1970.
- J.F. Shean, “Hannibal’s mules: the logistical limitations of Hannibal’s army and the battle of Cannae, 216 BC”, *Historia* 45.2, 1996, 159-187.
- M. Szynger, “Cartago y la civilización púnica”, en C. Nicolet (ed.), *Roma y la conquista del mundo mediterráneo. 2/ La génesis de un imperio*, Nueva Clío, la Historia y sus problemas 8bis, Barcelona, Labor, 1984, 423-466 (edición original 1978).
- E. Torregaray Pagola, “La influencia del modelo de Alejandro Magno en la tradición escipiónica”, *Gerion* 21.1, 2003, 137-166.
- V. Valcárcel, “La ‘Vita Hannibalis’ de C. Nepote”, *Veleia* 12, 1995, 267-286.
- C.G. Wagner, “El sufetato de Aníbal”, en S. Remedios, F. Prados & J. Bermejo (eds.), *Anibal de Cartago. Historia y Mito*, Madrid, Polifemo, 2012, 251-276.
- F.W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, Vol. II, Oxford, Clarendon Press, 1967.

